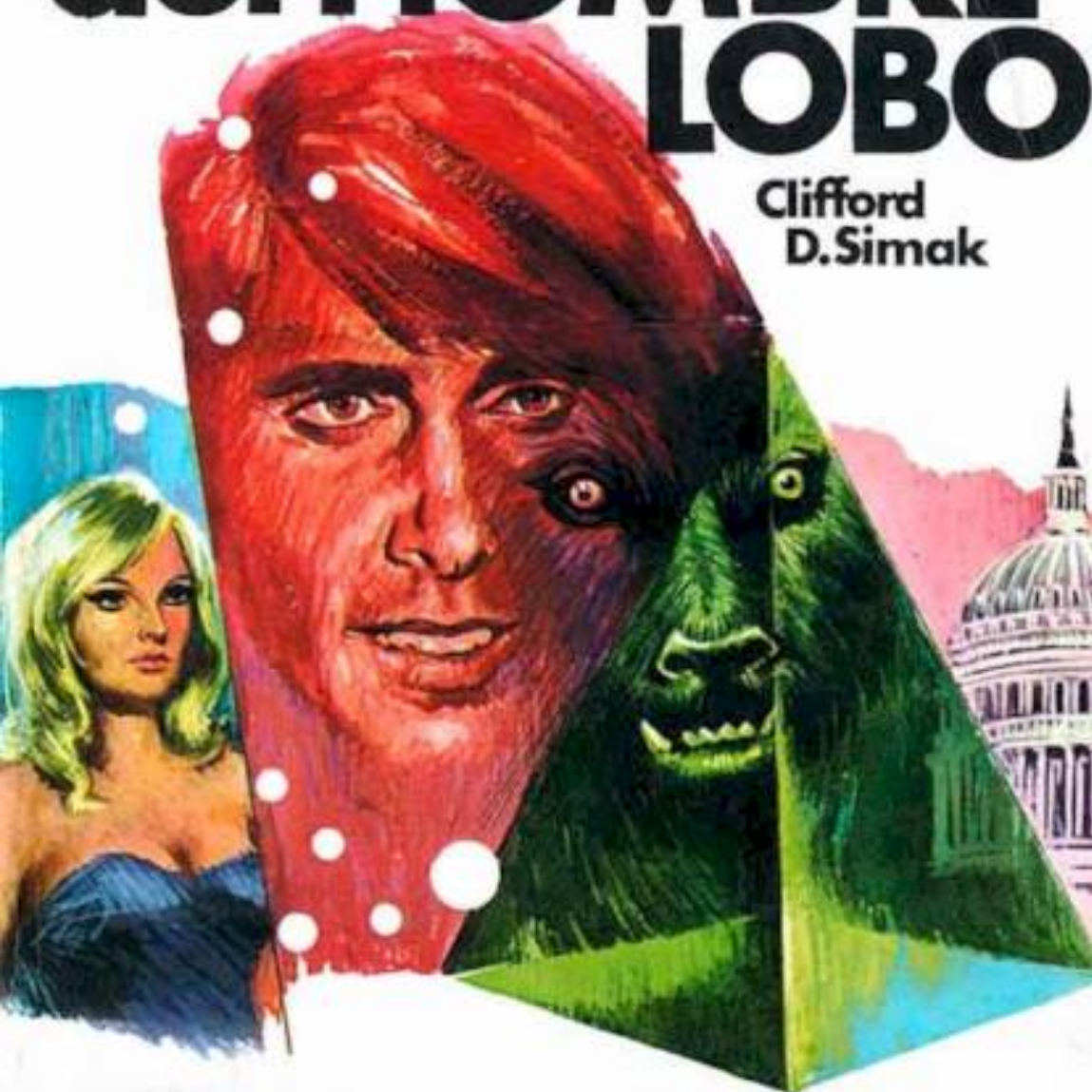




Hay pocos grandes escritores de Ciencia-Ficción, pero Clifford D. Simak es uno de ellos. Yorkshire Post.

el proyecto del HOMBRE- LOBO

Clifford
D. Simak



Allá por el siglo XXVII es creado un hombre, prácticamente inmortal, al que se dota con la mente de un eximio científico. Es enviado al Universo... y olvidado por la humanidad.

200 años después Andrew Blake es encontrado en una cápsula espacial orbitando un planeta lejano y se le lleva de nuevo a una tierra desconocida, donde los dispositivos anti gravedad han sustituido a la rueda, y ¡las casas hablan e incluso vuelan!

Sin embargo, nada es tan extraño como propios los sentimientos de Blake. Atormentado por sensaciones inquietantes y pérdida de la memoria, que no sabe quién es en realidad o exactamente de donde ha venido. Su destino sólo empieza a mostrarse alarmantemente claro cuando conoce a una extraña criatura, de orejas puntiagudas, que oscuramente alude a la verdad acerca de los orígenes de Blake. Lentamente Blake se da cuenta del largamente silenciado «Proyecto del HOMBRE-LOBO», una teoría científica enterrada en el pasado, que es la clave para el propio destino de Blake y el futuro de la humanidad.

Capítulo 1

AQUELLA criatura se detuvo, acurrucada contra el suelo, y miró fijamente los diminutos puntos de luz que brillaban ante ella, resplandeciendo suavemente a través de la oscuridad.

La criatura gimió, asustada e incómoda.

El mundo resultaba demasiado caliente y húmedo y la oscuridad demasiado densa. Existía mucha vegetación y demasiado grande y desproporcionada. La atmósfera se hallaba en violenta conmoción y la vegetación parecía hallarse sometida a un puro sufrimiento. A lo lejos, en la lejanía, se apreciaban unos vagos destellos de luz, que no aclaraban la noche, y en alguna parte lejana, algo parecía quejarse en unos largos y sordos ruidos prolongados. A su alrededor existía vida, mucha más vida de la que cualquier planeta tenía derecho a poseer; pero una vida estúpida y atrasada, parte de ella apenas algo más que un puro estremecimiento biológico; pequeños puñados de materia que apenas si podían reaccionar débilmente a ciertos estímulos.

Tal vez, se dijo aquella criatura a sí misma, no debería intentar con tanto ahinco el continuar abriéndose camino hacia alguna parte. Quizás debería contentarse con permanecer en aquel lugar sin nombre, donde no existía ningún otro ser, ni sensación de recuerdo excepto un conocimiento, extraído de alguna parte, de que debiera haber otros seres. Aquello, mezclado con ocasionales ráfagas de inteligencia, retazos inconexos de información que exacerbaban la lucha por escapar, como un individuo aislado, le impulsaban a saber por qué estaba allí y por qué medios se encontraba en semejante situación.

¿Y qué hacer entonces?

Volvió a acurrucarse y a gemir nuevamente.

¿Cómo podría haber tanta agua en un solo lugar? ¿Y tanta vegetación y tan ruidosa agitación de los elementos? ¿Cómo podría cualquier mundo ser tan absurdo y tan exageradamente superpoblado de elementos vitales? Resultaba casi un sacrilegio que hubiese tanta agua a la vista, discurriendo como un torrente bajo la ladera del lugar en que se encontraba, y encharcada en pequeñas lagunas sobre el propio suelo. Y no solo aquello, sino incluso el propio aire, que en aquella atmósfera estaba cargado de pequeñas gotas del líquido elemento.

¿Qué era aquel tejido sujeto a su garganta, que le cubría toda la espalda, cayéndole hasta el suelo, movido por el viento? ¿Alguna especie de protección? No debería ser así, probablemente. Su envoltura de piel plateada había sido siempre todo lo que había necesitado.

¿Antes?, se preguntó a sí mismo. ¿Antes de qué, o cuándo?

Luchó por volver a pensar en el pasado y obtuvo la obscura impresión de una tierra de cristal, en donde reinaba un aire frío y seco, con polvo de nieve y arena, con un cielo fulgurante de incontables estrellas y donde la noche era tan brillante como el día, alumbrada por el brillo dorado de varias lunas. Y entonces sintió también en su cerebro un vago recuerdo, desvaído en sus perfiles, de ir explorando en las profundidades del espacio para arrancar los secretos de las estrellas.

¿Era aquello un recuerdo o una fantasía, nacida de aquel lugar sin nombre de donde había escapado? No parecía haber medio de saberlo.

La criatura extendió su par de brazos, recogió el tejido del suelo y lo sostuvo, hizo con él dos pequeños fardos y los puso debajo de ellos. El agua se escapó cayendo en diminutas gotas en los charcos del suelo.

¿Y aquellos puntos de luz distantes? No eran estrellas, ya que se advertían demasiado bajos en el suelo, y de cual-

quier modo no se trataba de estrellas. Lo que por sí mismo resultaba imposible, ya que siempre había muchas estrellas...

Cautamente, aquella criatura dirigió su mente hacia la luz, percibiendo no solamente la luz, sino un intuitivo sentido de la existencia de mineral. Cuidadosamente rastreó sus ideas y se dio cuenta de que un enorme bloque de mineral se erguía en la oscuridad, demasiado regular en su forma para ser un afloramiento natural.

En la distancia, aquel murmullo sin sentido continuaba, lo mismo que el resplandor de la lejana luz que parecía subir hasta el cielo.

¿Debería continuar, imaginó, dando vueltas alrededor de aquella luz? ¿O sería preferible dirigirse rectamente hacia ella para descubrir de lo que se trataba? Tal vez sería mejor volver sobre sus pasos en un esfuerzo para regresar una vez más al vacío de donde provenía... Aunque, en realidad, desconocía en absoluto adonde tendría que volver en tal caso. Cuando había quedado libre, el lugar ya no estaba allí. Y, desde el momento en que había quedado en libertad, había viajado muy lejos.

¿Dónde estaban aquellos otros dos que también habían estado en aquel lugar de la nada? ¿Habían quedado igualmente en libertad, o habrían permanecido atrás, percibiendo, tal vez, la opresiva extrañeza que se extendía al exterior del lugar? Y si no habían escapado, ¿dónde podrían hallarse entonces?

Y no solamente dónde, sino quién...

¿Por qué no habían respondido nunca? ¿O es que no habían oído la pregunta? Quizás no existían las condiciones adecuadas en aquel lugar sin nombre para ser contestada una pregunta. Era extraño, pensó la criatura, ocupar el mismo espacio, el mismo sentido de posible existencia, con otros dos seres y nunca estar en condiciones de comunicarse con ellos.

A pesar del calor de la noche, la criatura se estremeció interiormente.

Se dijo que no podría continuar allí. No erraría sin fin. Era preciso encontrar un lugar como refugio, aunque buscar un refugio en un mundo tan loco como aquél era algo que no había calculado hasta entonces.

Se movió hacia adelante con lentitud, inseguro de sí mismo, con la incertidumbre de adonde ir y qué hacer...

¿Las luces?, se preguntó.

¿Debería investigar qué eran aquellas luces o...?

El cielo explotó. El mundo se llenó de un inmenso resplandor mezclado con una cegadora tonalidad azul. La criatura, privada de la vista, con todos sus sentidos anulados, retrocedió y un grito de espantosa angustia pareció estallar también en su cerebro. Después, aquel grito quedó interrumpido, la luz desapareció de sus ojos y de nuevo se encontró, una vez más, en aquel lugar de la nada.

Capítulo 2

LA LLUVIA azotaba a Andrew Blake en el rostro y la propia tierra temblaba con el estampido del trueno; las grandes masas de la hendida atmósfera rugían juntas de nuevo y, según parecía, por encima de su cabeza. El aire tenía el penetrante olor del ozono y se dio cuenta del frío barro que se mezclaba en los dedos de sus pies.

¿Cómo es que había llegado hasta allí, en plena tormenta, sin tener con qué cubrirse la cabeza, con la ropa mojada y chorreando y sin sandalias?

Blake había comenzado a andar, tras la cena, para echar un vistazo a la tormenta que parecía gestarse al oeste de la montaña y allí, segundos más tarde, se encontraba inmerso en la propia tormenta, o al menos, esperó que lo fuera.

El viento rugía entre un grupo de árboles y desde el pie de la ladera en donde se hallaba pudo oír claramente el sonido del agua corriendo y, justamente al otro lado del arroyo, ver la luz brillando en las ventanas de un edificio.

Su casa, tal vez..., pensó con una sensación de embriaguez. Pero allí donde estaba edificada su casa, no existía ninguna ladera en el monte, ni ninguna corriente de agua. Había árboles, pero no muchos, y debería haber otras casas.

Levantó la mano y se la pasó por la cabeza con un gesto de perplejidad. El agua que le empapaba los cabellos chorreó libremente por su rostro.

La lluvia, que había cesado por unos momentos, comenzó a golpearle nuevamente con nueva intensidad, y se volvió hacia la casa. No era la suya, con toda seguridad; pero era una casa y allí habría alguien que le dijese donde estaba y...

Pero... ¿decirle dónde estaba? ¡Qué insensatez! Un segundo antes había estado en su patio contemplando las nubes tormentosas, y no había habido lluvia.

Debió soñarlo o había sufrido una alucinación. Pero el golpeteo de la lluvia no tenía nada de sueño, y el olor a ozono fluctuaba todavía en el aire. ¿Y quién había notado jamás el olor del ozono estando en sueños?

Comenzó a caminar hacia la casa, y al mover el pie derecho, éste entró en contacto con algo duro. Un ramalazo de dolor flameó a través del pie y la pierna. Terriblemente dolorido levantó el pie agitándolo al aire, mientras se sostenía sobre la otra pierna. Un agudo dolor se había concentrado en el dedo mayor del pie levantado y tuvo que apretar los dientes perdiendo casi el equilibrio. El pie sobre el que se sostenía resbaló en el barro y él cayó desplomado al suelo, esparciendo el barro en todas direcciones. El suelo estaba encharcado y frío.

Se quedó allí momentáneamente. Atrajo hacia sí el pie dolorido e intentó a ciegas, con las manos, calmarse el agudo dolor que sufría.

No, no se trataba de un sueño. Soñando, ningún hombre era tan estúpido como para tropezar con el dedo mayor del pie.

Algo había sucedido. Alguna cosa, en una fracción de segundo, le había transportado, sin saberlo, tal vez a muchas millas de distancia desde el patio en que se encontraba. Le habían transportado corporalmente, colocándole, en medio de la lluvia y el trueno, en una noche tan oscura que no se veía nada.

Se frotó nuevamente el pie y se sintió algo mejor a los pocos momentos. Cuidadosamente se levantó e intentó caminar con el pie dañado. Apoyándose en el talón y con todo el cuerpo tenso, pudo servirse de la pierna. Como un borracho, dando tumbos y resbalando en el barro, fue descendiendo por la ladera y a través del arroyo, para seguir por la ladera opuesta hacia arriba y en busca de la casa.

Los relámpagos iluminaban el horizonte y por un instante vio destacarse la silueta completa de una casa contra el resplandor lejano de uno de ellos, como algo macizo, con pesadas chimeneas y ventanas situadas profundamente, como ojos, en la propia piedra.

Una casa de piedra..., pensó. ¡Qué anacronismo! Una casa de piedra y alguien viviendo en ella...

Se dirigió hacia la valla, sin sufrir daño, ya que caminaba con la mayor cautela y despacio. Siguió la valla a ciegas hasta dar con el hueco de la entrada. Más allá, tres pequeños rectángulos de luz marcaban lo que tomó por la situación de una puerta.

Unas piedras lisas se extendían bajo sus pies y siguió el sendero que formaban. Cerca de la puerta, disminuyó aún más su marcha hasta no ser más que un inaudible deslizamiento. Tal vez hubiera algunos escalones que condujesen a la puerta y tenía que cuidarse el pie tan dolorido. Efectivamente, había unos escalones. Los halló con el pie todavía dolorido y se quedó, deteniéndose un momento, rígido y tembloroso, con los dientes apretados, hasta que el agudo dolor hubo pasado.

Después, subió los escalones y encontró la puerta. Buscó algún timbre o señal de llamada; pero no existía ningún aparato parecido. Siguió buscando y encontró una aldaba.

¿Una aldaba? Por supuesto, se dijo a sí mismo, una casa como aquella tendría una aldaba para llamar a la puerta. Una casa tan hundida en el pasado...

Un miedo incontrolable surgió en su interior. No era el espacio, sino el tiempo, imaginó. ¿Había sido desplazado—de haberlo sido—, no en el espacio, sino en el tiempo?

Levantó la aldaba y golpeó con ella. Esperó. Parecía no existir señal alguna de haber sido oído. Volvió a golpear de nuevo.

El sonido de unos pasos se oyó a su espalda y un cono de luz se esparció envolviéndole por completo. Dio rápidamente la vuelta y el ojo redondo de la luz de la linterna le

cegó momentáneamente. Tras aquella luz creyó ver dibujada la figura de un hombre, vagamente, con un débil perfil entre las espesas sombras de la noche. A su espalda se abrió la puerta de acceso a la casa de piedra, y la luz de su interior contrarrestó la otra, viendo al hombre que sostenía la linterna en una mano, abrigado con una chaqueta de piel de oveja y llevando en la otra un objeto metálico que Blake tomó sin duda por una pistola.

El hombre que había abierto la puerta preguntó secamente:

—¿Qué es lo que ocurre?

—Alguien que intenta entrar, senador —respondió el hombre de la linterna—. ¿Cómo se las habrá arreglado para esquivarme?

—Conque le ha esquivado —dijo el senador—. Es natural, estaría usted acurrucado en cualquier sitio, huyendo de la lluvia. Si ustedes, amiguitos, quieren jugar a ser guardias, me gustaría que de verdad hicieran bien su papel.

—Estaba oscuro —protestó el guardia—, y se deslizó... y...

—No creo que se deslizara —continuó el senador—. Este hombre, sencillamente, ha llegado hasta aquí y ha utilizado el picaporte. Si hubiera intentado pasar inadvertido, no veo para qué lo hubiera utilizado. Ha venido hasta aquí, como cualquier ciudadano corriente, y usted no le ha visto.

Blake se volvió lentamente para ver al hombre que estaba en el marco de la puerta.

—Lo siento, señor —dijo—. No lo sabía... No tuve la menor intención de causar ningún trastorno. Simplemente vi la casa, y...

—Y eso no es todo, senador —interrumpió el guardia—. Esta noche han ocurrido otras cosas extrañas. Hace un momento vi un lobo...

—Vamos, no diga tonterías. No hay lobos. No existen en absoluto. No los hay desde hace más de un siglo.

—Pero yo he visto uno —insistió tozudamente el guardia—. Se produjo un gran relámpago y lo vi, en las colinas, al otro lado del arroyo.

El senador se dirigió a Blake.

—Lamento tenerle hasta ahora en la puerta con todo este parloteo. No está la noche para eso.

—Parece que me encuentro perdido —repuso Blake, luchando por evitar que le castañetearan los dientes—. Si fuese tan amable de decirme dónde estoy y señalarme el camino...

—Apague esa linterna —dijo el senador al guardia— y vuelva a su puesto.

La linterna se apagó.

—¡Lobos, pues no está mal! —exclamó el senador en tono zumbón—. Si tiene la bondad de entrar —le dijo a Blake—, podría cerrar la puerta.

Blake entró y el senador cerró la puerta. Se encontró en una espaciosa estancia, flanqueada a ambos lados, y desde el suelo hasta el techo, por unas enormes puertas de madera. En una habitación contigua, más al fondo, ardía un fuego delicioso en una gran chimenea de piedra. La habitación estaba repleta de pesados muebles tapizados en colores brillantes.

El senador pasó delante y se detuvo para mirar a Blake.

—Me llamo Andrew Blake —dijo éste—, y me temo que esté manchándole el suelo. Lo siento, señor.

La lluvia caía sobre sus ropas iba formando pequeños charcos en el piso y una línea de huellas de sus pies mojados venía desde la entrada hasta el sitio en que se hallaba.

El senador era un hombre alto, esbelto, de cabellos blancos y un bigote plateado, bajo el cual se hallaba una boca de labios finos en cuyo trazo se apreciaba una mueca de firmeza e inteligencia. Vestía una bata blanca en cuyos bordes aparecía un motivo de color rojo parecido a una sierra dentada.

—Tiene el aspecto de una rata ahogada —le dijo el senador—, si no le importa que lo diga así. Y por lo que veo, además, ha perdido usted sus sandalias.

Se volvió, abrió una de las grandes puertas laterales de la estancia y apareció un inmenso perchero lleno de ropa. El senador eligió una bata gruesa de color marrón.

—Tome esto —dijo entregándosela a Blake—. Le servirá. Es de lana pura. Estoy seguro de que tiene frío.

—Sí, ciertamente —repuso Blake con el mismo esfuerzo de siempre para no rechinar los dientes.

—La lana le calentará —dijo el senador—. No se ve con frecuencia. Ya no hay más que tejidos sintéticos. Esta lana la consigo de un tipo medio chiflado que vive en las Colinas Escocesas. Tiene una forma de pensar bastante parecida a la mía... en que hay una cierta gran virtud al hecho de seguir apegado a las viejas realidades.

—Estoy seguro de que tiene usted razón —repuso Blake.

—Considere esta casa —dijo el senador—. Tiene ya tres siglos de antigüedad y aún es fuerte y tan sólida como el día en que se construyó. Construida con verdaderas piedras y buenas maderas. Y por hombres trabajadores y honrados... —Entonces miró fijamente a Blake—. Pero aquí me tiene declamando, mientras que usted está helándose. Suba por esas escaleras a la derecha. La primera puerta a la izquierda. Es mi habitación. Encontrará sandalias en el armario. Supongo que su ropa interior estará chorreando...

—Supongo que sí.

—Encontrará lo que necesite. El baño está a la derecha, conforme se entra. Creo que no le vendrá mal un buen baño caliente, aunque tenga que esperar diez minutos. Mientras, le diré a Elaine que prepare un buen café y yo descorcharé una buena botella de brandy.

—¡Oh! No tiene por qué molestarse tanto. Ya ha hecho demasiado...

—En absoluto —dijo el senador—. Me alegro de que haya venido.

Apretando contra sí las ropas de lana que le había entregado el senador, Blake subió la escalera y llegó al primer piso entrando en la habitación que le había indicado su anfitrión. Pronto descubrió el metálico resplandor de la bañera. Aquello era magnífico. Se metió en el baño y al hacerlo se dio cuenta de que estaba tan desnudo como un arrendajo. En alguna parte y de algún modo, había perdido hasta los calzoncillos.

Capítulo 3

CUANDO Blake volvió a la gran habitación de la chimenea, el senador le estaba esperando. Estaba sentado en un sillón y en el borde de uno de los brazos lo estaba una mujer de cabellos oscuros.

—Bien —dijo el senador—, ya apareció usted, joven. Me dijo su nombre, pero me temo que lo he olvidado a medias.

—Mi nombre es Andrew Blake.

—Lo lamento. Mi mente parece no tener ya el poder de retención de que tiempo atrás hacía gala. Ésta es mi hija Elaine y yo soy Chandler Horton. No me cabe duda, a juzgar por lo que ocurrió en la puerta, que ya sabe usted que soy un senador.

—Me siento muy honrado, senador —dijo Blake—. Señorita Elaine, es un placer conocerla.

—¿Blake? —Preguntó la joven—. He oído ese nombre alguna vez. Muy recientemente, además. Dígame, ¿por qué es usted famoso?

—Pues creo que por nada en absoluto.

—Pero apareció en todos los periódicos. Y además, apareció usted en el *dimensino*. ¡Sí, ahora me doy cuenta! Usted es el hombre que ha regresado de las estrellas...

—¡No me digas! —exclamó el senador, adelantando el cuerpo en el sillón—. Pero qué interesante, señor Blake. Ese sillón de ahí es muy confortable. Es el sitio de honor de la casa, pudiéramos decir. Cerca del fuego.

—Papá —comentó entonces Elaine— tiene la tendencia a volverse aristocrático y a sentirse todo un caballero a la antigua usanza cada vez que alguien cae por aquí. No debe hacerle mucho caso.

—El senador —repuso Blake— es un maravilloso anfitrión.

El senador tomó un frasco de cristal y buscó unos vasos.

—Recordará que le prometí a usted una copa de buen brandy.

—Tenga cuidado en alabarlo —dijo Elaine sonriendo—. El senador tiene el orgullo de considerarse un gran juez respecto al brandy. Bueno, algo más tarde, supongo que le gustará un poco de café y lo tomaremos todos. Ya he puesto en marcha la autococina.

—¿Otra vez en funciones la autococina? —preguntó el senador.

Elaine hizo un gesto con la cabeza.

—No es nada especial. Para hacer café en la forma en que lo he programado y además huevos fritos y jamón. ¿Quiere usted tomar un poco? —preguntó a Blake—. Creo que están aún calientes.

Blake denegó con la cabeza.

—No, muchísimas gracias.

—Los dispositivos mecánicos han estado constantemente de moda durante muchos años —comentó el senador—. A mí no me gustan —se levantó, repartió los vasos y se sentó en su sillón—. Por eso es por lo que me agrada este sitio. Es un domicilio sin complicaciones. Fue construido hace trescientos años por un hombre que impregnaba de dignidad todas sus cosas y tenía un cierto sentido ecológico que le hacía construirlas con sus materiales verdaderos y genuinos. Esta casa la construyó con piedras nobles y con maderas de los bosques próximos. No impuso su casa sobre el habitat; hizo de la misma una parte de él. Y excepto por lo que respecta a la autococina, aquí no hay ni el menor chisme mecánico.

—Estamos chapados a la antigua —dijo Elaine—. Yo he sentido siempre vivir en un lugar como éste; es algo semejante, bueno, digamos, a vivir tranquilamente en una antigua cabaña a estilo del siglo XX.